

## \* Lección 8

### Comunismo y Transición

Del mercado mundial al comunismo. A donde hemos arribado en nuestro razonamiento, tras toda nuestra insistencia en mostrar la dimensión subjetiva del proceso, es una clase de camino que siempre aparece como una verdadera paradoja. Sin embargo, es un camino que Marx indicó más de una vez: en el bosquejo de los *Grundrisse* (p. 227-28; 139) y en el bosquejo de la página 264 (175): "Por fin, el mercado mundial. La sociedad burguesa domina al Estado. Crisis. La disolución del modo de producción y de la forma de sociedad fundada en el valor de intercambio. El trabajo individual visto claramente en su forma social y viceversa." El comunismo brota de la intensidad de las contradicciones contenidas en el concepto de mercado mundial: simultáneamente un momento de máxima integración capitalista y un momento de máximo antagonismo, una síntesis de las determinaciones espaciales y temporales del proceso del capital. *Puesto en estos términos, el problema del comunismo ni siquiera reconoce al problema de la transición, no conoce el problema de la subjetividad: puede colocarlos como momentos internos del capital, síntomas, desvíos de la objetividad, no puede considerarlos como problemas específicos.* La pregunta sobre "¿Qué es comunismo?" que corre a través del discurso de Marx desde los *Manuscritos* hasta la *Ideología Alemana* de un modo muy central (Y no debemos olvidar que es una pregunta ubicada en el centro de los pensamientos de Hegel, después de *Umriss der Nationalökonomie* de 1844), esta pregunta, en la forma en que la hemos formulado aquí, parece más una función objetiva que metódica, un objeto trascendente de investigación que su motor. ¿Qué es comunismo? ¿Cómo opera el pasaje a esta "forma superior del modo de producción, que llamamos comunismo"? La respuesta tradicional a estos dos problemas toma la forma de un *proceso único, interno a la dialéctica del capital*. El comunismo es visto como tras un salto, tras una catástrofe producida por el desarrollo antagónico del capital. El problema de la transición desaparece detrás del de definir al comunismo, y este último es presentado como una trascendencia en relación con el desarrollo capitalista. Paradójicamente, lo que unifica el camino al comunismo y la transición es su común negación del capital, el lado objetivo de esta negación. Ambos constituyen, en algún sentido, un "después."

Obviamente, este modo de instalar el problema no me gusta plenamente. Me parece irreal y utópico. Por sobre todo, esta postura se sitúa muy por fuera del desarrollo general de los *Grundrisse*, como hemos visto hasta ahora. Los puntos de este tema que define al comunismo derivan todos del creciente antagonismo del desarrollo capitalista. Su desarrollo sigue las distintas determinaciones de la subjetividad, de su constitución en términos globales y antagónicos, dentro de la inversión radical de la ley de la plusvalía. Es de este modo que puedo comprender la insistencia subjetiva del discurso de Marx en la catástrofe, como una determinación prospectiva marcada por la pasión revolucionaria. Es alrededor de este concepto de crisis y catástrofe que se combinan, como hemos visto, los elementos que se unen en la génesis de los *Grundrisse*. Una vez que se ha planteado, el problema queda completamente abierto. *Confundir estos caminos significa negar otra característica fundamental del pensamiento de Marx.* Pensar en la transición en la forma de comunismo lleva, en realidad, a la *supresión del problema de la transición*. Significa (para mejor o peor) cortarlo en dos fragmentos, uno que sirve como introducción y está situado dentro del capital, en los intersticios de sus contradicciones, el otro, que llega después, y se revela en el espacio posterior a la catástrofe, en la plena libertad del comunismo. Ahora bien, lo que nos interesa es el *proceso de liberación*, aquel que yace entre la introducción y la conclusión. Poner los dos caminos juntos posee una enorme implicancia teórica: homogeniza los dos conceptos, suprimiendo toda posibilidad de separar la sustancia lógica y la calidad histórica o hipostasiándolos en algún tipo de dialéctica de estadios y jerarquías. Al combinar los dos caminos reconocemos implícitamente el carácter comunista del proceso de liberación.

¿Pero cual es el punto si esta combinación no me ofrece espacio para determinar este proceso de liberación?

Examinemos los *Grundrisse* en esta cuestión del comunismo: debemos ahora presentar nuestra hipótesis. Y es la que surge de toda la investigación que hemos desarrollado hasta ahora, y que aún debemos verificar: *No es la transición la que se revela a sí misma (y elimina a sí misma) en la forma de comunismo, sino, es el comunismo el que toma la forma de la transición.*

Rosdolsky (p. 413-35), cuando trata el problema del comunismo en Marx, subraya –dejando de lado las dos características utilizadas habitualmente, la centralidad del comunismo en la obra de Marx y Engels, y la lucha tanto contra el oportunismo como contra el utopismo– la importancia y pertinencia en Marx, en la dialéctica, de la *descendencia* y la *divergencia* de los *utopistas*. En otras palabras, para Rosdolsky la dialéctica marxista está totalmente permeada por una *utopía positiva*, por el poder de la utopía, apenas temperada por la conciencia de tener que darle una fuerza materialista. ¡Es sorprendente que Rosdolsky –

un marxista desarrollado en la escuela del comunismo de izquierda de 1920– sepa cómo hallar en Marx la importante función de la utopía positiva! Y no podemos negarle cierta fuerza a esta sugestión: la utopía positiva siempre ha puesto límites precisos entre el campo de los revolucionarios y el de los oportunistas. Y, pese a ello, su visión no es totalmente convincente. Porque no ve, no subraya lo suficiente, la indeterminación de la síntesis propuesta y del proceso dialéctico. Esta dialéctica que se identifica con el comunismo, con obstinación, pero que no abraza el proceso, es una clave muy general y genérica. Se arriesga a reforzar el "hechizo del método" en nombre del cual todas las distinciones -y el proceso al que solo las diferencias pueden animar– se desvanecen, se achatan hasta el punto de la desaparición. Por un lado, tenemos el *achatamiento* del comunismo, de su concepto, que reducimos a la dimensión de la lógica objetiva, de la determinación; por otro lado, y en oposición, encontramos el "salto", la nueva cualidad, política y voluntarismo colocados en toda su plenitud y violencia. Recordemos –como Rosdolsky (p. 424)– las posiciones de Marcuse. Por un lado el poder (*potenza*) cada vez más consistente del capital sobre el trabajo, ese terrible Moloch tomando forma; por otro lado, nuevamente, un "hechizamiento", pero ya no el producido por el método determinista. En realidad, un "salto cualitativo" en el después. A la exaltación capitalista de la organización del trabajo se le opone la abolición del trabajo. Los dados están arrojados, el romanticismo de Marcuse, satisfecho. Pero aún no hallaremos aquí el problema. No es el caso de detallar este salto: debemos arrojar todo, el proceso, su lógica constitutiva y antagonismo, la apariencia de la subjetividad, y todo lo que exista entre la organización del trabajo y su abolición. El método marxista no se basa en paradojas, sino en la unidad total y originaria de la economía y la política, en la capacidad de seguir el camino de acuerdo con *el punto de vista de la transformación*. En segundo lugar, el método de Marx se afirma en un continuo desplazamiento de los términos del análisis, desplazamiento que resulta de una multiplicidad de formas que toman las relaciones de fuerza. Las categorías se modifican como se modifican los sujetos. Esto es, con –y este es el tercer punto importante– las determinaciones históricas del proceso. No es cuestión de definir la transición en términos de comunismo, sino, tras haber homogeneizado los dos términos (y esto no significa que sean lo mismo), de *definir al comunismo por la transición*. Cuando hayamos reformulado así el problema, es *cuestión del sujeto*, de sus luchas, de su desplazamiento. Es el proceso que globalmente constituye el comunismo lo que dará un paso al frente.

Si, por el contrario, aceptamos la *ficción* marxista de la transición en la forma del comunismo, retrocedemos inevitablemente a posiciones que no tienen nada que ver con la dialéctica. Allí encontraremos, felizmente reunidos, a todos los modelos del *humanismo*. Un humanismo genérico que reina allí donde el método de la tendencia parece incapaz de transformarse a sí mismo en un método de desplazamiento: la tendencia se transforma en el desenvolvimiento orgánico de la naturaleza humana (aún si se la define históricamente) La orgía de totalidad, renacimiento, y plenitud a la cual nos hemos entregado, provoca justa indignación. Althusser no se equivoca al considerar un signo de buen marxismo el trazado de límites claros y la exclusión de este insípido gimoteo de la teoría. ¡Pero tampoco exageremos la importancia de estos elementos, y no introduzcamos clasificaciones ficcionales, ulteriores, dentro del desarrollo del pensamiento marxista! Tendremos ocasión de volver sobre el denominado humanismo de Marx: pero es interesante verlo por lo que es– el fruto de la impaciencia con la teoría, una utilización de utopía positiva destinada a homogeneizar la transición y el comunismo, el *residuo contradictorio* del método materialista de la separación, del método constitutivo de la subjetividad. *Decir que el comunismo tiene la forma de la transición significa, para nosotros, seguir el hilo rojo que sirve de trama para la subjetividad antagónica*. En el hecho de evitar al humanismo, algunos intentarán, también, evitar las áreas teóricas de la subjetividad. Están equivocados. El camino del materialismo pasa, precisamente, por la subjetividad. El camino de la subjetividad es el que le da materialidad al comunismo. La clase trabajadora es subjetividad, subjetividad separada, que anima el desarrollo, la crisis, la transición y el comunismo.

Por ello debemos tomar este tema del comunismo en los *Grundrisse* y separar de él todas las consideraciones, las metodologías (sin importar cuan pacientemente hayan sido justificadas por las ficciones marxistas) que no pongan en escena al proceso materialista de la subjetividad. La *síntesis de los caminos* propuesta por Marx –el camino que pasa por la determinación del mercado mundial y el que salta hacia el comunismo– debe ser separada y revertida. Sólo podemos confrontar estos caminos si analizamos las determinaciones que representan subjetivamente al proceso de transición. Debemos demistificar resueltamente y derribar toda clase de necesidades y determinismos atribuidos al proceso de transición.

¿Qué significa *demistificar*? Significa seguir la formación del comunismo a través de todos los momentos particulares de la crítica de la economía política. Desde este punto de vista, los *Grundrisse* son, fundamentalmente, un trabajo de demistificación.

**Nuestro método indica los puntos donde debe penetrar la investigación histórica, o donde la economía burguesa, como mera forma histórica del proceso de producción, apunta más allá de sí misma hacia modos históricos previos de producción. Para desarrollar las leyes de la economía burguesa, por lo tanto, no es preciso escribir *la historia real de las relaciones de producción*. Pero la correcta observación y deducción de estas leyes, que se han vuelto historia, siempre conduce a ecuaciones primarias –como los números empíricos en la ciencia natural– que apuntan a un pasado yacente**

tras el sistema. Estas indicaciones (*Andeutung*), junto con una adecuada comprensión del presente, entonces, ofrecen una clave para comprender el pasado –trabajo que esperamos ser capaces de llevar a cabo. Así, esta visión correcta nos conducirá, al mismo tiempo, a los puntos donde la suspensión de las actuales formas de las relaciones de producción dan indicios de aparecer– presagio del futuro. Del mismo modo que las fases pre-burguesas aparecen como *meramente históricas*, es decir, presuposiciones suspendidas, las condiciones de producción contemporáneas aparecen ocupadas en *suspenderse a sí mismas y, así, instituir las presuposiciones históricas para un nuevo estado de sociedad.* (Grundrisse, p. 460-61; 364-65)

El camino por el que avanzan las categorías está claro: mientras progresan en la historia, toman continuamente las fases históricas como condiciones, el presente como historia, el futuro como movimiento del porvenir. Por ello debemos examinar, aún cuando sea a los tropezones, *los grandes temas dinámicos* de la formación del comunismo. Este es el momento en el que son demistificadas las categorías de la crítica de la economía política – veremos pronto el momento en el que estas categorías se invierten a sí mismas como consecuencia del reconocimiento práctico del sujeto.

Utilizando este enfoque y la metodología tal como la hemos delimitado y presentado, podemos ahora trabajar en numerosos pasajes que permiten especificar la definición marxista de comunismo y su evolución histórica. Casi todos los capítulos que leímos incluyen una *lógica del comunismo*, comenzando por el Capítulo sobre el Dinero. En aquel punto donde el dinero es considerado una relación social (Grundrisse, p. 156-63; 74-82)- recordemos estos pasajes: es del poder de *extrañamiento* que se engendra la "ley de los tres estadios", y de esto emerge el poder de una alternativa radical– donde el dinero aparece como relación social colectiva, más allá de la mistificación que presenta, podemos ver delineado el tercer estadio del desarrollo de la individualidad. "La libre individualidad, basada en el desarrollo universal de los individuos y la subordinación de su productividad social, comunal, como su riqueza social, es el tercer estadio" (Grundrisse, p. 158; 75) Algunos de los aspectos característicos del dinero –su socialidad, la representación de la productividad colectiva, la medida y símbolo del patrimonio social– son invertidos inmediatamente. Debemos señalar que la categoría "dinero" sólo existe por la posibilidad de invertirse a sí misma. Demistificar significa entender la categoría como una inversión. Esto es lo que sucede con la categoría "dinero": se refiere a la posibilidad, a la necesidad de inversión, se despliega a sí misma para controlar esta inversión, dada la violencia de esta tensión, de esta ruptura. (Y, entre paréntesis, subrayemos el sentido fundamentalmente anti-humanista de términos como "individuo universal". El término depende más del derrocamiento de la brutalidad de las relaciones del dinero, de su fuerza socializante, que de algunas consideraciones naturalistas o historicistas, o alguna consideración continuista. La *separación* es radical, y no sólo sirve como clave para alcanzar la *inversión*, sino también como *matriz de constitución*. Si realmente deseamos hallar algo de humanismo o ambigüedad en el pensamiento de Marx, debemos buscarlo en aquellos momentos en los que el proceso dialéctico pretende funcionar en términos de recomposición y sublimación) La idea de comunismo, para volver a nuestro razonamiento, funciona como un polo de ruptura para cada categoría del capital, como su antítesis crítica. Aquí, cuando alcanza al dinero, la idea del comunismo toma la forma de inversión de una socialidad totalmente desarrollada, como es la del dinero. *El pasaje de la prehistoria a la historia*, que es también el de la dominación del hombre sobre la naturaleza y la historia, el pasaje al comunismo, depende de la *factibilidad* total de la operación: es la eficacia de los sujetos liberados la que se opone ( e invierte) a la eficacia mistificada de la socialización capitalista.

Grundrisse (p. 487-89; 387-88): también aquí hay un ejemplo de qué es lo que el tema del comunismo toma de la inversión, de la crítica de las categorías. Es nada menos que la categoría de "intercambio universal", la categoría propia del "mundo burgués", la que será invertida aquí.

**De hecho, cuando la limitada forma burguesa es arrojada, ¿qué es la riqueza más que la universalidad de las necesidades individuales, placeres, capacidades, fuerzas colectivas, etc? ¿El pleno desarrollo del dominio humano sobre las fuerzas de la naturaleza, aquellas de la llamada naturaleza como las de la propia naturaleza de la humanidad? ¿La puesta en marcha absoluta de sus potencialidades creativas, sin otra presuposición que el desarrollo histórico previo, que produce esta totalidad de desarrollo, es decir, el desarrollo de todos los poderes humanos como fin en sí mismos, no medidos por una vara *predeterminada*? ¿Dónde no se reproduce a sí misma en una especificidad, sino que produce su totalidad? ¿Esforzándose no por permanecer como algo que se ha vuelto, sino por el movimiento absoluto de devenir? En la economía burguesa –y en las épocas de producción que le corresponden– esta producción completa del contenido humano aparece como un completo vaciamiento, esta objetivación universal**

**es una alienación total, y el arrasamiento de todos los propósitos unilaterales, limitados, como sacrificio humano fin-en sí-mismo a una finalidad totalmente externa. Es por esto que el mundo pueril de la antigüedad aparece, en parte, como más elevado. Por otro lado, es más elevado, realmente, en todas las cuestiones en las que se busquen formas cerradas y límites dados. Desde un punto de vista limitado, es más satisfactorio; mientras que el moderno no da ninguna satisfacción; o, donde aparece satisfecho consigo mismo, es vulgar. (Grundrisse, p. 488; 387-88)**

*El mundo burgués es vacío, alienación y vulgaridad; el comunismo es riqueza de necesidades, expansión, universalidad de necesidades abstractas (en búsqueda de concretarse a sí mismas) La categoría abstracta se refiere a inversión concreta. De la prehistoria a la historia. La "comunidad verdadera" que encontramos unas páginas más adelante (Grundrisse, p. 496; 396) forma la trama de la categoría del progreso en la sociedad burguesa: lo es en la medida en que es la inversión. Y "veremos luego que las formas más extremas de alienación... ya contienen en sí mismas, en una forma sólo invertida dentro de su cabeza, la disolución de todas las presuposiciones limitadas de la producción, y, más aún, crean y producen las presuposiciones incondicionales de producción, y por ello, las plenas condiciones materiales para el desarrollo universal, total, de las fuerzas productivas del individuo" (Grundrisse, p. 515; 414-15) Es aquí donde vemos alzarse aquellos términos tanto mágicos como marcados por la marca de la infamia, "en una forma invertida", "trastornado", términos a los que algunos han intentado dar una explicación metafísica o exhaustiva: por nuestra parte, el curso de nuestro análisis nos conduce a una explicación más lúcida— resulta evidente que estos términos lo son de un lenguaje que habla de la reversión de categorías, de una tensión revolucionaria apuntada por detrás de ellos, dentro del desarrollo. La elevación de la inversión está en todas partes, en todas partes donde el punto de vista del sujeto-trabajador imponga su poder.*

Aquí llegamos a esos momentos en los que la descripción que Marx hace del desarrollo capitalista, como desarrollo de la fuerza productiva del capital y conclusión de la prehistoria humana, es más fuerte y completa —por ejemplo, en los *Grundrisse* (p. 584-590)— cuando los grandes temas dinámicos del comunismo, que hallan su origen en la exasperación de la separación contenida en las relaciones del capital, aparecen con la claridad más formidable. Releamos las páginas citadas: el capital, con todo su poder de expansión, extiende el trabajo abstracto a toda la sociedad, empujando la cooperación y la división del trabajo hasta sus límites extremos. Cada categoría de este pasaje es *doble*: así, tanto la cooperación como la división del trabajo son, al mismo tiempo, riqueza de necesidades e incesante desplazamiento del concepto de individualidad. Pero esta duplicación no es falsa, no es un caso de competencia. *Es doble por todos los lados*, así como el desarrollo capitalista es la imagen inversa del proceso comunista, una imagen más desfigurada e insana en la medida que avanza el progreso del capital. Cuando esta oposición alcanza su punto extremo, cuando sólo queda la subversión como camino a seguir, el trabajo humano asociado alcanza su palingenesia. No debemos, con falsa modestia, negar el valor de términos como palingenesia o catástrofe en este nivel de desarrollo. El capital es muy fea cosa para eso.

Luego, Marx analiza la ley fundamental (y la mistificación) del desarrollo capitalista, *la ley de la Competencia*, y al hacerlo insiste en el poder de la libertad capitalista: pero esta libertad tiene una *base estrecha*. "No es más que el libre desarrollo sobre una base limitada— la base de la regla del capital. Esta clase de libertad individual es, por ello, al mismo tiempo, la más completa suspensión de toda libertad individual, y la subyugación más completa de la individualidad bajo condiciones sociales que asumen la forma de poderes objetivos, incluso objetos subyugantes— de cosas independientes de las relaciones entre los mismos individuos" (*Grundrisse*, p. 652; 545) La ley de la Competencia es también un bosquejo de lo que el desarrollo capitalista contiene como fuerza de oposición y separación: el comunismo, una potente revocación total.

Demistificar las categorías del capital significa exponer a la luz del día las *leyes del movimiento* de la historia. La ley fundamental es aquella que construye la posibilidad del comunismo. Desde este punto de vista, para permanecer en la demistificación, el comunismo *se está construyendo a sí mismo*. Está en el proceso de construirse a sí mismo como antítesis radical y extrema. El tema de la libertad y de la riqueza de necesidades, del desarrollo contradictorio de las formas de producción, y, por último, el tema de la crisis: todos se encuentran aquí. Están presentes en cada categoría como su opuesto. Aquí, cuando hablamos de comunismo, la *inversa es poderosa y sintética*. La forma contradictoria posee la apariencia de un obstáculo infranqueable, un obstáculo que crece junto con el despliegue de la "revolución permanente" del capital. No hay solución para este proceso. No hay equilibrio capitalista. Menos aún puede tener solidez una propuesta que busque el socialismo: la teoría de la propiedad estatal, de la planificación, de la equidad en la explotación, son todas derivadas de la revolución permanente del capital. No hay equilibrio posible, ni siquiera categórico, cuando cada elemento de la síntesis ideal es invalidado por el antagonismo. Este emerge porque el desarrollo de la oposición es, al menos, tan tendencioso como el del capital. Cada uno tiene sus objetivos. Conocemos los del capitalismo, y comenzamos a ver, como una inversión de

polos, los de la clase trabajadora y el proletariado. No es suficiente. En los *Grundrisse*, tras esta reafirmación de las categorías (el reverso de las categorías del capital, una nueva base de los trabajadores para estas categorías) aún podemos leer pasajes en los que este término de desmitificación comienza a *constituirse a sí mismo como sujeto* y convertir el proceso que consiste en definir al "comunismo" como residuo –tal vez incomprensible, pero aún así, un residuo- a fin de volverlo el motor de una alternativa.

En este punto debemos comenzar a *hablar del sujeto*. Pero aún no llegamos a eso. Por lo tanto, avancemos con Marx, a pasos medidos. Tomemos antes el gran tema dinámico y antitético del comunismo: su modelo inverso. Pero nos falta aún *la investigación y definición de los contenidos del comunismo*. Antes de ocuparnos del tema del sujeto comunista, debemos ilustrar el *carácter antitético* y, también, la *raíz antitética* del comunismo. Esta raíz antitética consiste en la síntesis de la liberación de las fuerzas productivas y la aparición del sujeto antitético. *¿Liberación de las fuerzas productivas? ¿Qué significa esto? Significa que, en un cierto nivel del desarrollo capitalista, el comando capitalista deja de ser necesario. "El capital aparece como condición del desarrollo de las fuerzas de producción mientras estas requieren de un estímulo externo, que, al mismo tiempo, aparece como su freno. Es una disciplina sobre ellas, que se vuelve superflua y molesta en un momento determinado de su desarrollo, como los gremios, etc."* (Grundrisse, p. 415; 318) *La aparición del sujeto antitético. ¿Qué significa? Significa que el comunismo sólo puede fundarse a sí mismo en el nacimiento, entre los pasos del desarrollo, de una nueva individualidad colectiva, que inventa nuevas reglas de producción y desarrollo. El sujeto liberado abre un mundo nuevo de nuevas necesidades desplegadas colectivamente.*

**La plusvalía en general es valor en exceso del equivalente. El equivalente, por definición, es sólo la identidad del valor consigo mismo. Por ello, la plusvalía nunca puede surgir del equivalente; tampoco de la circulación; debe surgir del mismo proceso de producción del capital. La cuestión puede ser expresada también de este modo: si el trabajador necesita medio día de trabajo para vivir todo un día, entonces, para mantenerse vivo como trabajador, necesita trabajar sólo medio día. La segunda mitad del día de trabajo es trabajo forzado; plustrabajo. Lo que aparece como plusvalía desde el lado capitalista, lo hace, idénticamente, como plustrabajo en exceso de sus necesidades como trabajador, desde el lado del trabajador, es decir, en exceso de sus requerimientos inmediatos para permanecer con vida. La gran calidad histórica del capital es la *creación de este plustrabajo*, trabajo superfluo desde el punto de vista del mero valor de uso, de la mera subsistencia; y su destino histórico (*Bestimmung*) está cumplido tan pronto como, por un lado, ha habido tal desarrollo de necesidades que el plustrabajo, por arriba y por debajo de la necesidad se ha vuelto él mismo una necesidad general, brotando de las propias necesidades individuales– y, por otro lado, cuando la severa disciplina del capital, actuando sobre sucesivas generaciones (*Geschlechtern*), ha desarrollado la productividad general como propiedad general de las nuevas especies (*Geschlecht*) y, finalmente, cuando el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, que el capital empuja incesantemente hacia delante con su ilimitada manía por la riqueza, y en la única condición en la que puede realizarse esta manía, ha florecido en el estadio en el que la posesión y preservación de la riqueza general requiere un menor tiempo laboral de la sociedad como un todo, y donde la sociedad trabajadora se relaciona científicamente con el proceso de su progresiva reproducción, su reproducción en una abundancia cada vez mayor; es decir, donde ha cesado el trabajo que hace un humano cuando puede ser hecho por una cosa. De acuerdo con esto, el capital y el trabajo se relacionan entre sí como el dinero y la mercancía; el primero es la forma general de la riqueza, el otro, sólo la sustancia destinada a consumo inmediato. El esfuerzo incesante del capital hacia la forma general de riqueza conduce al trabajo más allá de los límites de su mezquindad natural (*Naturbedur Ftigkeit*), y, así, crea los elementos materiales para el desarrollo de la rica individualidad que es multilateral en su producción y en su consumo, y cuyo trabajo ya no aparece como tal, sino como el pleno desarrollo de la actividad en sí misma, en la cual ha desaparecido la necesidad natural en su forma directa; porque una necesidad creada históricamente ha ocupado el lugar de la natural. Es por esto que *el capital es productivo: una relación esencial para el desarrollo de las fuerzas sociales productivas*. Deja de existir como tal sólo cuando el desarrollo de estas fuerzas productivas encuentran en el capital sus límites. (Grundrisse, p. 324-25; 230-31)**

*El trabajo ya no es trabajo, es trabajo liberado del trabajo.* El contenido del comunismo, por ello, consiste en una reversión que suprime, al mismo tiempo, al objeto revertido. El comunismo es sólo reversión del trabajo en la medida en que *esta reversión es supresión del trabajo.* Liberación de las fuerzas productivas: ciertamente, pero como dinámica de un proceso que conduce a la abolición, a la negación en su forma más total. *Cambiando de la liberación-del-trabajo hacia ir-más-allá-del-trabajo es el centro, el corazón de la definición de comunismo.* No debemos temer en insistir en este momento teórico: la liberación del trabajo viviente exalta su poder creativo, *la abolición del trabajo es lo que le da vida en cada momento.* El contenido, el programa del comunismo es un desarrollo de necesidades universales que han emergido de la base colectiva pero miserable de la organización del trabajo asalariado, pero que, de un modo revolucionario, significa la abolición del trabajo, su muerte definitiva.

Hemos avanzado de este modo en nuestra definición del proyecto comunista. Hemos podido aprehender no sólo la fuerza de la reversión, a nivel de la historia o la teoría, sino también el *contenido* de esta reversión. Ahora debemos avanzar. Las condiciones han madurado lo suficiente como para que podamos ver a esta reversión volverse dinámica, por sí misma, independiente y autónoma. El sujeto comunista emerge como conclusión de esta reversión.

Desde la *desmitificación* del proceso a su *inversión*. Ya no se trata de preguntar sobre el camino que conduce de la prehistoria a la historia, sino sobre la revolución en su aspecto sincrónico y puntual. La inversión recibe subjetividad como resultado de la demistificación y hace de ella la condición del comunismo. *La transición aparece aquí como la forma exclusiva de formación del comunismo.*

Aquí deben desarrollarse dos órdenes de consideración. El primero concierne al método. Aquí debemos, por sobre todo, ver que el método de Marx llega a su definición más desarrollada. Es cuando Marx se ocupa de la temática del comunismo que el método expuesto en la *Introducción* halla su plena aplicación. Funciona a pleno cuando el comunismo toma la forma de la transición. *No hay otra exposición posible del comunismo salvo aquella de la transición.* De otro modo es un concepto *inefable*. Todas las categorías marxistas son categorías del comunismo. Es así como escapan de la posibilidad de su "uso científico"-en el sentido burgués del término- como también de su uso reformista. Las categorías marxistas no sólo están permeadas por una dualidad permanente e irreducible, sino que, además, esta dualidad aparece en forma de antagonismo, y ese antagonismo en forma de reversión. Hacer uso de las categorías marxistas significa empujarlas a esta necesaria reversión, permitirse a uno mismo ser empujado a esta experiencia increíble. Las categorías marxistas son *categorías subversivas*; categorías que emergen del proceso de subversión. Las categorías son tomadas por la lógica de la tendencia antagónica, cuyo desarrollo está dado por sucesivos desplazamientos del sistema de categorías. La teoría interrumpe el proceso histórico hasta el punto de volver imposible su continuidad, de remodelarlo completamente en el proceso de ruptura y transformación. No son sólo las categorías sustanciales (dinero, trabajo, capital, etc) las revolucionarias, sino también aquellas pertenecientes al modo o al método (límite, obstáculo, proceso, transformación, etc) En la interacción que se desarrolla, el concepto se vuelve elemento de un movimiento que, al desplegarse, toma la forma de un antagonismo, de un poder antitético (*potenza*) La transformación, dentro de esta lógica de ruptura, constituye una oposición en su nivel más fuerte. La lógica materialista -en tanto adecuada para aprehender lo real- se enriquece con el poder (*potenza*) de creación de lo real, de la lucha de clases. El comunismo sólo es *concepto* desde el punto de vista del método, en tanto sea un término dinámico de transformación.

El segundo orden de consideración concierne a la concretización *histórica* de la temática de la transformación, inherente al concepto. Debemos trazar otra vez todo el camino teórico, ya examinado en sus otros aspectos, y ver cómo este camino está, en cada momento, para cada categoría, marcado por este elemento de devenir revolucionario. Como sea, sólo veremos aquí unos pocos elementos esenciales. (*Grundrisse*, p. 157; 77): estamos aún en el análisis del "dinero como relación social." Todas las oposiciones parecen desaparecer dentro de su universalidad. Tanto que hay algunos -como socialistas, como Proudhonianos- que consideran al dinero como la "cara del reverso" del comunismo. Nada más falso: la categoría es sólo la cara de una esencia opuesta.

**Pero dentro de la sociedad burguesa, la sociedad que se basa en el valor de cambio, asoman relaciones de circulación, como de producción, que son otras tantas minas para demolerla. (Una masa de formas antitéticas de la unidad social, cuyo carácter antitético no podrá ser abolido nunca por tranquilas metamorfosis. Por otro lado, si no encontramos ocultas en la sociedad, tal como es, las condiciones materiales de producción y las correspondientes relaciones de intercambio, prerequisite para una sociedad sin clases, entonces todos los intentos de estallarla serán quijotescos) (*Grundrisse*, p. 159; 79-80)**

Esto en cuanto al dinero, valor de cambio por *autonomía*. Pero todo esto es también cierto para el trabajo. En los *Grundrisse*, p. 167-68; 88-89, estamos en el corazón del análisis que elaboró el concepto

del trabajo abstracto, y, con ello, la mediación entre tiempo de trabajo y producción social. Las formas son cada vez más antitéticas con la progresión de la mediación. El comunismo aparece como el concepto de derrocamiento del trabajo, de su sustracción del comando. Aquello que parece la conclusión de un proceso –la constitución de la producción social– tiene como único efecto producir otro, la liberación social del sujeto. El sujeto comienza así a constituirse a sí mismo. A fin de liberarse a sí mismo de una vez y para siempre de su carácter antitético, y volverse hegemónico, sólo le falta un elemento: *reconocimiento*.

**El reconocimiento (*Erkennung*) de los productos como propios, y el juicio de que su separación de las condiciones de su realización es impropia –impuesta por la fuerza– es un enorme avance de la conciencia (*Bewusstsein*), ella misma producto del modo de producción basado en el capital, y el doblar de las campanas por su destino, como con la conciencia del esclavo de que *el no puede ser propiedad de otro*, con su conciencia de sí mismo como persona, la existencia de la esclavitud se torna una existencia vegetativa, meramente artificial, y deja de ser apta para continuar como base la producción. (Grundrisse, p. 463; 366-67)**

Reconocimiento, conciencia, revolución. Es el momento del método en el que el "obstáculo" se materializa. Este pasaje es extremadamente importante, porque es donde *la subjetividad aparece como un elemento orgánico y específico de la composición material de la clase*: la subjetividad que aquí se expresa a sí misma es un elemento ciertamente revolucionario, pero situado por completo dentro de la estructura contradictoria de las relaciones de producción. El sujeto es capaz de desarrollarse, de liberarse de las relaciones de producción en tanto pueda liberarlas y dominarlas. La auto-valorización del sujeto proletario, contrariamente a la valorización capitalista, toma la forma de *auto-determinación* en su desarrollo. Marx sigue este proceso. Pretende cercarlo por aproximación. El ve la auto-determinación en la capacidad del cuerpo social de presentarse como la actividad que regula la universalidad. (Por ejemplo, *Grundrisse*, p. 612-13; 505) Pero este modo de ver al proceso de la transición como un proceso enraizado en la ciencia, entendida como una actividad que regula todas las fuerzas materiales y naturales es, en efecto, una aproximación. Debemos ir al centro del asunto: *ciencia*, incorporada al trabajo, *su fuerza productiva*, subsumida por el capital, *sólo debe ser liberada más radicalmente* en tanto el proceso contradictorio que fundó su desarrollo está llegando a su fin. Sólo en un muy elevado nivel de integración está la posibilidad de una ruptura suficientemente profunda y eficaz para construir una perspectiva de auto-determinación. Aproximación, alusión: no son adecuados. A menudo (por ejemplo *Grundrisse* p. 540; 439) el modo con el que Marx trata a la ciencia es humanístico y científicista; la profundización de la naturaleza contradictoria del concepto ciencia se debilita por esto. Pero esto no ocurre: el análisis es aún muy expresivo y potente, en el momento en que la fuerza antitética –el proceso de la auto-determinación del proletariado– comienza con la definición del más alto nivel de subsunción de la sociedad (y por lo tanto de la ciencia) dentro del capital. Aquí está otra vez el "Fragmento sobre las Máquinas" (*ver Lección siete*) *El comunismo tiene la forma de la subjetividad, el comunismo es una praxis constitutiva*. No hay parte del capital que no sea destruida por el desarrollo impetuoso del nuevo sujeto. Este sujeto presenta tal poder de sublevación que todos los vestigios del viejo orden son eliminados. La transición es un proceso constituyente en el más alto sentido, basado por entero en ese espacio definido por las alternativas más radicales. *Marx más allá de Marx*. Más allá del determinismo vulgar. Más allá de todas las hipótesis que impliquen homogeneidad. La conciencia revolucionaria más ingenua puede hallar aquí mucho para la más sublime exaltación. La *inversión de la inversión* que el capital ha operado contra el trabajo es, en el "Fragmento sobre las Máquinas", no una operación de derrota sino de constitución. La inversión capitalista, con alienación, juega no sólo en la distribución, sino que se coloca en la fundación del modo de producción: la inversión de la inversión alcanza a esta fundación.

Regresando, aún en el Cuaderno VII, al examen de esta relación, Marx razonó del siguiente modo:

**El hecho de que el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo, las condiciones objetivas de trabajo, el trabajo objetivado, debe crecer en relación con el trabajo viviente – esta es una declaración tautológica, porque ¿Qué significa la creciente fuerza productiva del trabajo sino que se requiere menos trabajo inmediato para crear un mayor producto, y que, por lo tanto, la riqueza social es cada vez más, expresada en las condiciones de trabajo creadas por el mismo trabajo? – este hecho aparece desde el punto de vista del capital, no del modo en que uno de los momentos de la actividad social –trabajo objetivo– se vuelve el cuerpo cada vez más poderoso del otro momento, del trabajo viviente, subjetivo, sino –y esto es importante para el trabajo asalariado– que las condiciones objetivas del trabajo asumen cada vez más una independencia colosal, representada por su extensión, oponiéndose al trabajo viviente, y que la riqueza social confronta al trabajo en magnitud creciente, como a un poder ajeno y dominante. El énfasis se**

coloca no en la situación de ser *objetivado*, sino en la de ser *alienado*, desposeído, vendido (*Der Ton wird gelegt nicht auf das Vergegenständlichtsein, sondern das Entfremdet-, Entäussert-, Veräussertsein*); en la condición en que el monstruoso poder objetivo que ha erigido el trabajo social se opone como uno de sus momentos, pertenece no al trabajador, sino a las condiciones personificadas de la producción, es decir, al capital. En la medida en que, desde el punto de vista del capital y el trabajo asalariado, la creación del cuerpo objetivo de actividad ocurre en antítesis a la capacidad de trabajo inmediato –que este proceso de objetivación aparece, de hecho, como proceso de desposesión desde el lado del trabajo o de apropiación de trabajo ajeno desde el del capital– en tal medida, este giro e inversión (*Verdrehung und Verkehrung*) es un {fenómeno} real; no un mero supuesto existiendo apenas en la imaginación de trabajadores y capitalistas. Pero, obviamente, este proceso de inversión es apenas una necesidad *histórica*, necesidad para el desarrollo de las fuerzas de producción, únicamente desde un punto de partida histórico, o base, pero en modo alguno una necesidad *absoluta* de producción; en realidad, una evanescente, y el propósito inherente y resultado de este proceso es suspender esta base, junto con esta forma del proceso. Los economistas burgueses están tan confinados dentro de las nociones pertenecientes a un estadio histórico específico del desarrollo social, que la necesidad de *objetivación* de las fuerzas del trabajo social se les aparece como inseparable de la necesidad de su *alienación vis-a-vis* al trabajo viviente. Pero con la suspensión del carácter *inmediato* del trabajo viviente, como meramente *individual*, o como, en general, meramente internamente o externamente, con el posicionamiento de la actividad de los individuos como inmediatamente general, o actividad *social*, los momentos objetivos de la producción son arrancados de esta forma de alineación; son posicionados como propiedad, como el cuerpo social orgánico dentro del cual los individuos se reproducen como individuos, pero individuos sociales. Las condiciones que les permiten existir de este modo, en la reproducción de su vida, en el proceso de su vida productiva, han sido instituidas sólo por el propio proceso económico histórico; ambas, las condiciones objetivas y subjetivas, que son sólo las dos formas distintas de la misma condición.

La no-propiedad de los trabajadores, y la propiedad del trabajo viviente por el trabajo objetivado, o la apropiación del trabajo ajeno por el capital –ambas meras expresiones de la misma relación desde polos opuestos– son condiciones fundamentales del modo de producción burgués, de ningún modo accidentales irrelevantes. Estos modos de distribución son las mismas relaciones de producción, pero *sub specie distributionis*. Es por ello muy absurdo cuando J. St. Mill dice (*Principios de Economía Política*, 2ª edición, Londres, 1849, Vol. I, p. 240): "Las leyes y condiciones de la producción de riqueza participan del carácter de las verdades físicas... Pero no es así con la distribución de la riqueza. Eso es asunto exclusivo de las instituciones humanas" [p. 239-243]. Las "leyes y condiciones" de la producción de riqueza y las leyes de la "distribución de la riqueza" son las mismas leyes bajo diferente forma, y ambas cambian, se someten al mismo proceso histórico, son, como tales, sólo momentos de un proceso histórico.

No se requiere mucha agudeza para entender que, donde el trabajo libre o asalariado que emerge de la disolución del servilismo es el punto de partida, allí las máquinas sólo pueden *alzarse* en antítesis al trabajo viviente, como propiedad ajena a él, como fuerza hostil, que debe confrontar como al capital. Pero igualmente fácil es percibir que las máquinas dejarán de ser agentes de la producción social cuando se vuelvan propiedad de los trabajadores asociados. En el primer caso, sin embargo, su distribución, que *no pertenece* al trabajador, es una condición del modo de producción basado en el trabajo asalariado. En el segundo caso, la distribución modificada partirá de una fundación *modificada* de la producción, una nueva fundación creada por primera vez por el proceso histórico.

No podríamos desarrollar con más claridad las tesis marxistas. En este estadio el sujeto revolucionario emerge de la relación con el capital. La inversión que éste –el sujeto– opera contra el capital es una operación que ni siquiera es una reapropiación. Reapropiación es un término que se torna insuficiente y ambiguo cuando hay una nueva fundación. *La auto-determinación del sujeto, en consecuencia, modifica*

*cuantitativamente al proceso.* El sujeto despliega su poder al punto de reapropiarse del mismo trabajo objetivado –que hasta ahora era enemigo del trabajo viviente– que en el futuro será dominado por el trabajo viviente. Ya no queda espacio, a esta altura del análisis, para temas de demistificación: la temática de la inversión es tan radical que crea una distancia inconmensurable desde la miseria de la explotación.

Así llegamos al final del discurso de Marx sobre el comunismo en los *Grundrisse*. Como hemos visto, *el comunismo no es, en ningún caso, producto del desarrollo capitalista: es su inversión radical.* Es la demistificación la que se vuelve la reversión del desarrollo capitalista. El comunismo no es ni una teleología del sistema capitalista ni su catástrofe. Es un nuevo sujeto que toma forma, que transforma la realidad y destruye al capital. Por ello, el comunismo es un concepto que sólo podemos formular dentro de la forma de la transición. El movimiento de inversión es poderoso, más aún en tanto la forma de la transición no es, simplemente, antitética, sino constitutiva de un nuevo sujeto, y de su potencial para la transformación total. Para marcar esta transformación del modo más riguroso posible, Marx insistió en la abolición del trabajo. Trabajo que es liberado es liberación del trabajo. La creatividad del trabajo comunista no se relaciona con la organización capitalista del trabajo. El trabajo viviente –liberándose a sí mismo, reconquistando *su propio valor de uso*, contra el valor de cambio– abre un universo de necesidades, del cual el trabajo podrá ser parte sólo eventualmente. Y en este caso será cuestión de trabajo como esencial, colectivo, no mistificado, trabajo comunista: en lugar de trabajo como construcción capitalista. La reversión es total, *no permite ninguna clase de homología.* Es un nuevo sujeto. Rico y gozoso. *Marx lo ha dicho:* no es preciso exagerarlo. Marx lo dijo diez veces, cien veces. Lo único gracioso de todo este asunto es la vergüenza de muchos –casi todos– los marxistas al leer estos pasajes. Por lo demás, no hay nada gracioso, sólo queda el enorme dolor de la lucha para abolir el trabajo.

Comenzando allí, podemos hacer unos pocos comentarios sobre las consecuencias que resultan de este modo de abordar al comunismo. Que equivale a decir que el espacio central ocupado por la abolición del trabajo en la temática de la transición implica la necesidad de examinar las condiciones teóricas peculiares de esta articulación. Debemos ahora, frente a los estereotipos comunes, tocar el problema de la relación entre comunismo y planificación. ¿Qué problema hay en la articulación entre "abolición del trabajo y transición"? No hay dudas que Marx consideraba a la planificación como una cualidad del comunismo. Sin embargo, a menudo basándose en Engels, esta relación se ha entendido ya como los términos simples de socialización, "estatización" de las relaciones de producción, o en los términos de "racionalidad económica superior." Es evidente, si examinamos los *Grundrisse*, que no es este el punto. Comunismo es planificación sólo en tanto es la abolición planificada del trabajo. *La planificación es una expresión (y condición) del carácter asociado del trabajo que debe suprimir los caracteres ajenos del comando y su reificación.* Es, en consecuencia, una racionalidad económica no superior, sino diferente. Tan diferente que no hay homología posible entre ellas. Cuando las condiciones y el objetivo de la abolición del trabajo no existen, la planificación es sólo una forma nueva del comando capitalista- su forma socialista. Es aquí donde la *crítica marxista del socialismo* ejerce toda su fuerza. El socialismo no es –y no puede serlo en ningún caso– un estadio o camino al comunismo. El socialismo es la forma más elevada, la forma superior de la racionalidad económica del capital, de la racionalidad de la ganancia. Aún medra en la ley del valor, pero llevada a un grado de centralización y síntesis general que conecta las formas de la administración económica planificada socialista con el funcionamiento de la maquinaria jurídica y política del Estado. *El socialismo mantiene viva y generaliza la ley del valor.* Esta cuestión de la abolición del trabajo vuelve imposible toda homogeneidad entre planificación capitalista y planificación socialista. Debemos criticar fuertemente, otra vez, la lógica dialéctica que autoriza niveles de homogeneidad en el desarrollo de las oposiciones; es, por el contrario, la lógica del dualismo radical la que debemos ver en acción. La extinción de la ley del valor –que el "Fragmento sobre las Máquinas" nos permitió ver en los *Grundrisse*– está en la base de la transformación de su funcionamiento (en la involución capitalista) dentro de la ley del comando puro. Pero la expresión del funcionamiento de la lógica del antagonismo ya está allí. Cada interrelación, cada movimiento de homogeneidad, cada elemento de racionalidad relativa es suprimido por la desaparición de la ley del valor. La continuidad de la relación capitalista está definitivamente rota. Sólo la lógica del antagonismo –basada en sujetos opuestos e irreductibles– puede funcionar aquí. Cada polaridad posee su propio criterio de planificación. Una planificación independiente. *La autovaloración proletaria y de los trabajadores es la planificación de la abolición del trabajo.* La saturación de los espacios sociales producida por la planificación socialista del capitalismo resulta en una fragilidad monstruosa: cada segmento es contradictorio, no sólo en función de la inmediatez del antagonismo que revela, sino también respecto del marco de oposición, de la planificación para abolir al trabajo, a la cual está unida. El rechazo del trabajo, su organización planificada por la clase trabajadora y proletaria, mide la cantidad y calidad de la transición, no este estúpido acercamiento a la utopía, sino el proceso constituyente concreto determinado por el sujeto. El proceso que conduce a un desplazamiento, en verdad, una dislocación. La planificación se vuelve algo irreductible al capital; el socialismo, un término (cuando representa una categoría económica) irreducible al comunismo. El sujeto comunista toma forma en este proceso, sobre la misma base de estos desplazamientos radicales. Su *multilateralidad* no sólo es rica en necesidades, lo es, también, (como nos enseña la teoría de la composición de clase) con sucesivas síntesis.

El análisis vuelve al sujeto y su fuerza constitutiva. Comenzando con el rechazo del trabajo –que se ha transformado en una abolición planificada y racional del trabajo– hemos visto al sujeto disponer las condiciones de su propia auto-constitución. Pero este esquema es de orden estratégico. El *rechazo del trabajo* constituye al sujeto– en tanto proyecta al mundo, *constituye un modo de producción*. No era para Marx, ni para nosotros, la tarea de ofrecer anticipos de este sujeto. Lo que podemos decir es, simplemente, que el modo comunista de producción incluye a la totalidad de determinaciones económicas y sociales que pertenecen a la definición de cada uno de estos modos de producción. Sólo podemos abrazar al espectro de relaciones futuras en toda su amplitud en el nivel de la totalidad. Es importante subrayar que –en esta situación precisa de la extinción de la función racionalizante de la ley del valor– la medida, las proporciones y la finalidad del desarrollo del modo comunista de producción emergen por completo del rechazo al trabajo, de la práctica subjetiva de la supresión del trabajo, que cada vez está más planificada colectivamente.

Reintroducir la idea de totalidad no significa que situamos al discurso sobre el comunismo a nivel de la totalidad, no significa que reducimos la totalidad del desarrollo al desenvolvimiento de la estrategia. De hecho, significa lo contrario. El rechazo del trabajo muestra –con la totalidad del proyecto que lo caracteriza, y de un modo felizmente contradictorio con este proyecto– una gran *multiplicidad* de aspectos, una gran riqueza y libertad de movimientos de compleja autonomía. Cada paso hacia el comunismo es un momento de extensión y expansión de toda la riqueza de diferencias. *Diferencias y rupturas*. Desearía en este punto sugerir la consideración de las metáforas explosivas de Marx (el mundo capitalista debe "estallar", etc) Es un tema que retorna continuamente, no como señal de cierto catastrofismo, sino, más bien, como el crecimiento del movimiento de liberación del sujeto hacia el comunismo. La rebelión, la subversión que está enraizada en la necesidad del antagonismo, forman un proceso de liberación por actos que son tan importantes como todo el proceso. ¿De qué otro modo podemos entender un mecanismo revolucionario cuyo método es la supresión del trabajo, sino en un proceso de liberación? ¿Cómo podemos imaginar la totalidad del comunismo si no es como un riesgo asumido continuamente y repetido en su plenitud? El comunismo en la forma de la transición es un proceso del que conocemos el origen, con el cual compartimos el camino. Nadie podrá contarnos, más allá del modo en que procedemos y peleamos, cuál será la conclusión. No puede sostenerse ninguna homología en términos objetivos: *el futuro comunista sólo puede ser construido*. Todas sus cualidades residen en la solidez de sus bases, en el poder del proyecto que lo anima.

Estos resultados, a los que arriban las consideraciones de Marx sobre el comunismo, me parecen convincentes. No cabe duda que el marco que teníamos al inicio del análisis ha cambiado. Hemos abandonado esos caminos que, cada tanto, retenían al comunismo entre los lazos de la necesidad objetiva y su desarrollo catastrófico, o, incluso, en los dedos rosa de la utopía.

Mientras excavábamos en estos temas, mientras nos deteníamos en la articulación subjetiva del proceso, mientras desplazábamos el énfasis del nivel teórico al práctico, *el tema del comunismo se fundió en el de la transición*, se enraizó en la naturaleza antagónica de la lógica marxista. Todas las determinaciones, de a poco, han convergido en este nuevo espacio, alrededor de este nuevo proceso. Todos los remanentes de una lógica continuista, dialéctica, han desaparecido. Admitamos, sin embargo, que a menudo el examen de Marx del comunismo está marcado por residuos dialécticos y alusiones: pero estos no son decisivos "en última instancia." Por el contrario, el camino está bosquejado –sobre la base de muchas determinaciones metodológicas y sustanciales– en términos de antagonismo. El centro del camino de Marx se halla aquí, donde notamos el pasaje de la *desmitificación a la inversión*. Cuando la inversión ejerce todo su poder en todos los niveles y categorías esenciales para el análisis marxista, e inunda categorías como "dinero, trabajo abstracto, máquinas, ciencia, etc", ya no queda sombra de ninguna ambigüedad. *La dialéctica es devuelta al capital. El materialismo aparece como el único horizonte, totalmente animado por la lógica del antagonismo y por la subjetividad*. La transición comunista sigue en este estadio el camino que conduce desde la auto-valorización a la auto-determinación, una mayor y total independencia del sujeto proletario, a la multilateralidad de su camino. La transición es el terreno de la desmitificación final de todas las utopías, sean idealistas o científicas; encuentra al comunismo mientras recorre la subjetividad en toda su complejidad, en toda su multilateralidad. Es el rechazo y la inversión de toda dialéctica. Es Marx quien se desmitifica a sí mismo. Marx más allá de Marx. *El contenido de este proceso es perfectamente adecuado a su forma: el proceso antagónico y subjetivo de la supresión del trabajo*. El comunismo es la destrucción del capital en cada sentido del término. Es no-trabajo, es la planificación subjetiva, creativa y proletaria de la supresión de la explotación. Es la positividad de la libre constitución de la subjetividad. Todas las utopías se vuelven imposibles.